

Introducción -

La duda científica que recae sobre los métodos de datación tradicionales no surge de la nada. La idea de una historia dilatada, adulterada y, en gran medida, errónea exige una explicación. Y la tiene.

Parafraseando a Karl Popper, la ciencia no aspira a respuestas definitivas. Aspira a descubrir nuevos problemas. Problemas que abren el camino hacia respuestas cada vez más precisas, más profundas, y siempre sujetas a discusión crítica. Dicho de otro modo: la ciencia no es sinónimo de certeza absoluta, aunque se base en técnicas verificables. La veracidad no es lo mismo que la verdad. Y casi siempre existe un margen de provisionalidad.

Como resultado, una misma hipótesis puede admitir resultados distintos, incluso contradictorios, según el método empleado. La cuestión no es elegir una respuesta cómoda, sino hacer un uso riguroso de la técnica y contemplar el mayor número de escenarios posibles antes de aceptar un resultado como definitivo. Incluso cuando eso obliga a admitir algo incómodo: que la historia escrita, y la estructura cronológica que la ordena, no es ciencia.

En los métodos de datación tradicionales se parte de marcos de referencia que contienen supuestos previos. El principal de ellos es aceptar como válidas la historia escrita y las fechas que ella misma propone. Y esto marca una diferencia crucial.

No es lo mismo fechar un objeto utilizando una técnica científica dentro de una historia consensuada, que hacerlo sin asumir ese consenso. En el primer caso, el resultado se evalúa de manera binaria: correcto o incorrecto. En el segundo, se abre otra posibilidad. La fecha puede ser correcta, pero el error puede residir en la historia oficial y en su calendario.

Aquí es donde entran los métodos de la Nueva Cronología de Fomenko y Nosovskiy, que trabajan con técnicas astronómicas. A través de ellas se han constatado dos hechos fundamentales.

Primero: los zodíacos de los templos egipcios conservados no son simples decoraciones simbólicas. Son cartas astrales que representan el firmamento en fechas concretas, y pueden datarse con gran precisión. Los resultados los sitúan, casi sin excepción, dentro del último milenio.

Segundo: los eclipses descritos en las crónicas antiguas —y hay muchos— solo coinciden con los cálculos astronómicos a partir del siglo once o doce después de Cristo. Antes de eso, no encajan.

El escenario temporal que se desprende de estos datos conduce a una conclusión inquietante: el calendario histórico y el Antiguo Egipto están mal fechados.

Pero no es todo. Mediante técnicas estadísticas, Fomenko y Nosovskiy muestran que las grandes crónicas históricas se repiten. Lo mismo ocurre con las listas de gobernantes de reinos e imperios. Los patrones se duplican, las secuencias se reflejan, y emerge la posibilidad de un fraude estructural. Más adelante se profundiza en ello, pero basta observar las tablas y gráficos de los anexos para advertir la magnitud del problema.

Ahora bien, esto no significa que los métodos tradicionales sean inútiles. Funcionan. Trabajan con múltiples variables objetivas. Pero dependen de un elemento clave: un mapa cronológico previo que se da por válido. Y ahí es donde el método deja de ser estrictamente científico.



Pongamos un ejemplo sencillo. Para determinar si una pintura pertenece al siglo trece, se puede analizar su composición química y compararla con otra pintura bien documentada de esa época. Si coinciden, se concluye que ambas son contemporáneas. Pero afirmar que pertenecen al siglo trece depende de que la muestra de referencia esté correctamente fechada. Ese punto no se verifica científicamente: se asume.

Lo único que puede afirmarse con certeza es que ambas pinturas son de la misma época. El siglo concreto pertenece a otro nivel de razonamiento, que no se cuestiona. Si mañana se demostrara que la muestra de referencia es del siglo diecisiete y no del trece, la fecha de la pintura investigada también debería cambiar.

Esto ocurre en todos los métodos de datación tradicionales. La arqueología, la historia del arte, la numismática funcionan por comparación y consenso. Cuando aparece una pieza en una subasta, los expertos determinan si es auténtica, no su fecha exacta. La datación la aporta el sentido común histórico, no una prueba científica independiente.

Lo mismo sucede con estatuas, cerámicas, monedas, muebles o utensilios. Incluso con la arquitectura. Una columna dórica en Grecia se considera antigua porque encaja en un relato previo. El proceso de datación se limita a contextualizarla dentro de un mapa ya aceptado. Pero si ese mapa cambia, cambian también todos los resultados.

Entonces surge la pregunta inevitable. ¿Quién se equivoca? ¿Fomenko y Nosovski, o el resto?

La respuesta quizá no sea tan dramática. Los matemáticos trabajan con mayor libertad. No niegan las evidencias, pero se atreven a cuestionar el marco completo. El resto lo defiende. El resultado es una paradoja aparente que desestabiliza la idea de una historia sólida e incuestionable.

Y en ese punto aparece el método del radiocarbono. ¿Será el Carbono-14 la respuesta definitiva?

En apariencia, el método es riguroso y objetivo. Pero tampoco ofrece una solución final. Su creador, Willard F. Libby, fue plenamente consciente de que el método depende del calendario histórico oficial, y nunca puso esa base en duda. De hecho, él mismo reconoció que el método solo es fiable hasta cierto punto, por falta de muestras debidamente fechadas.

El radiocarbono requiere curvas de calibración que dependen, a su vez, de otros métodos como la dendrocronología. Y estos métodos incorporan márgenes de error, reconstrucciones parciales y decisiones basadas en consenso. A medida que se retrocede en el tiempo, el error crece.

La dendrocronología necesita fragmentos compatibles, regiones coherentes y patrones climáticos estables. La tabla resultante es una reconstrucción compleja, no una línea continua indiscutible. Y, como en todo sistema, basta introducir una pieza mal datada para arrastrar errores en cadena.

Así, incluso los métodos más sofisticados descansan, en último término, sobre supuestos que no siempre se examinan. La ciencia no falla por cuestionarlos. Falla cuando deja de hacerlo.

En conjunto, el método dendrocronológico es científico, pero no necesariamente exacto. Su utilidad para la datación es relativa. Por esta razón, la comunidad científica internacional ha elaborado distintas tablas por consenso, tablas que tienden a ocultar el verdadero margen de



error y que, en la práctica, solo resultan parcialmente fiables para los cinco o diez siglos anteriores al momento en que se realiza el análisis.

En todos los casos, independientemente de la base de muestras utilizada, los resultados del método del Carbono-14 deberían informar con claridad el método de calibración empleado, el grado de confianza de los rangos de calibración y los resultados obtenidos antes de dicha calibración. Es decir, para alcanzar un resultado es imprescindible diseñar una tabla de ajustes basada en aproximaciones que se elaboran a partir de un consenso que toma como referencia el mapa cronológico oficial. Ese mapa es el que determina la corrección de los márgenes de error y le da consistencia al método.

De modo que, si cambia el mapa cronológico, cambia también la tabla de calibración del método del radiocarbono y, en consecuencia, varían los resultados obtenidos.

Por estas razones, dentro de la propia comunidad científica existen investigadores que ponen en duda la fiabilidad del método del Carbono-14 y denuncian su capacidad para distorsionar la historia. Entre ellos se encuentran los matemáticos Anatoly Fomenko y Gleb Nosovskiy, junto con científicos como Christian Blöss y Hans-Ulrich Niemitz.

Tomando como referencia los trabajos de Alexander Mischenko, Fomenko resalta que actualmente se conocen al menos tres procesos que alteran la composición del radiocarbono después de la muerte de un organismo. Primero, la descomposición de la muestra orgánica. Segundo, el intercambio isotópico con carbono externo. Y tercero, la absorción de carbono del medio circundante. A esto se suman otros factores que alteran los resultados, tanto durante la manipulación de las muestras como por condiciones ambientales: latitud, longitud, proximidad a formaciones geológicas, entorno terrestre o marino, altura sobre el nivel del mar, clima, entre otros.

Entrando en mayor detalle, Fomenko destaca que la idea teórica de la medición de la edad radiocarbónica es, en apariencia, muy sencilla. Basta con conocer dos elementos: el contenido de radiocarbono en el momento en que el objeto sale del intercambio con el entorno, y el período exacto de semidesintegración del carbono catorce. A partir de ahí, se mide la cantidad actual de radiocarbono en la muestra y, mediante cálculos matemáticos, se determina el tiempo transcurrido desde que el objeto dejó de intercambiar carbono con el medio.

Sin embargo, como señala el propio Fomenko, la demostración principal del método reside en las mediciones de control realizadas sobre muestras de edad conocida. Y aquí aparece el problema central. Si las muestras de referencia no están correctamente fechadas, el método no solo incorpora márgenes de error, sino que tiene la capacidad de adulterar los resultados. Incluso puede darse el caso inverso: que el cálculo sea correcto desde el punto de vista físico, pero que, al no coincidir con la historia oficial, el objeto sea catalogado como una falsificación, cuando en realidad es auténtico.

Fomenko sostiene que el mapa cronológico oficial es erróneo, tergiversado y artificialmente dilatado, y subraya que este es el punto débil fundamental del método del radiocarbono, pese al abrumador consenso académico que afirma lo contrario. En sus palabras, en el fundamento de la datación radiocarbónica yace de forma implícita el error de la cronología scaligeriana.

Separar el método del radiocarbono de esa base implicaría apoyarse únicamente en objetos históricos realmente fechados con seguridad. Pero esos objetos no pueden tener más de quinientos o seiscientos años de antigüedad, ya que se sitúan entre nuestro tiempo y el siglo



catorce después de Cristo. En consecuencia, todo el trabajo de calibración del método debería rehacerse desde cero, y no está claro de antemano a qué resultados conduciría ese proceso.

De este modo, la validez científica del método del Carbono-14 queda cuestionada por una doble vía. Por un lado, por apoyarse en un mapa cronológico oficial que sería erróneo. Y por otro, por las limitaciones internas del propio método.

Según Fomenko, en su estado actual el método radiocarbónico presenta una precisión de más o menos mil a dos mil años para muestras cuya edad se estima en no más de mil años. Esto lo vuelve inútil, de momento, para datar con fiabilidad objetos históricos de dos mil años o menos. En términos prácticos, el método puede decir muy poco sobre la cronología de los acontecimientos de los últimos dos milenios.

Además, el método necesita, como mínimo, una nueva calibración que no se apoye en la cronología scaligeriana. Otros métodos físicos de datación resultan aún más imprecisos y tampoco permiten establecer fechas confiables para objetos de antigüedad comparable. Y los métodos arqueológicos, sin el apoyo de fuentes escritas, no proporcionan fechas absolutas, sino solo cronologías relativas en casos excepcionales.

A esto se suma un problema adicional: la cronología scaligeriana se ha introducido de forma explícita o implícita en la calibración de los métodos arqueológicos y físicos, incluido el radiocarbono. Esto pone todavía más en duda su aplicabilidad actual para la datación de objetos históricos. Incluso algunos arqueólogos admiten una práctica defectuosa: informar de antemano a los laboratorios la edad aproximada que se espera obtener, condicionando así el resultado.

En la misma línea, Blöss y Niemitz sostienen que el método del Carbono-14 es poco fiable y distorsiona la percepción del tiempo real del pasado. Su trabajo propone una cronología acertada que cuestiona incluso las grandes escalas temporales de la geología tradicional.

Por todo ello, sobre la base de un análisis riguroso y del contraste entre distintas pruebas, evidencias y contextualizaciones, la reconstrucción histórica debería poner en duda el constructo cronológico hasta el momento en que la historia oficial se consolida, entre los siglos dieciocho y diecinueve. Pero para comprender plenamente lo que hay detrás, es necesario ampliar aún más el campo de la crítica y trasladar la cuestión cronológica al terreno de la duda científica.

Tal vez entonces pueda recuperarse la intuición de Solomon Zeitlin, quien sostuvo que los manuscritos de Qumrán pertenecen a la Edad Media y están influidos por el judaísmo caraita. Según esta línea de investigación, esa interpretación resulta correcta. Aunque el método del Carbono-14 los sitúe en la época de Jesús, los textos deben entenderse en un contexto medieval, al igual que el surgimiento del cristianismo, heredero de tradiciones hebreas y



romanas reinterpretadas.

CLAVES PARA ENTENDER ESTA INTRODUCCIÓN

PUNTEO CRÍTICO



"Repensar no es conspirar. Es hacer ciencia."
— K. Popper

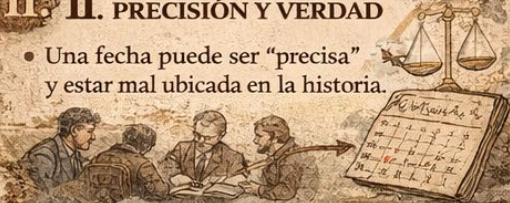
I. NO ATACA LA CIENCIA, ATACA EL MARCO

- El problema es el *calendario heredado*, no el método científico.



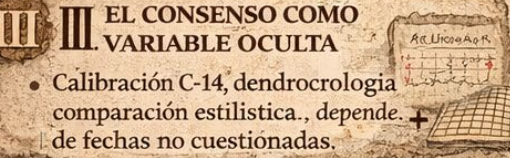
II. CONFUSIÓN ENTRE PRECISIÓN Y VERDAD

- Una fecha puede ser "precisa" y estar mal ubicada en la historia.



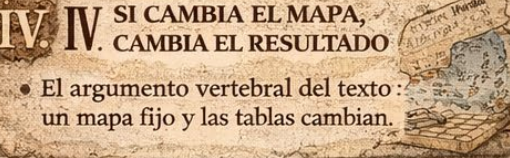
III. EL CONSENSO COMO VARIABLE OCULTA

- Calibración C-14, dendrocronología, comparación estilística., depende de fechas no cuestionadas.



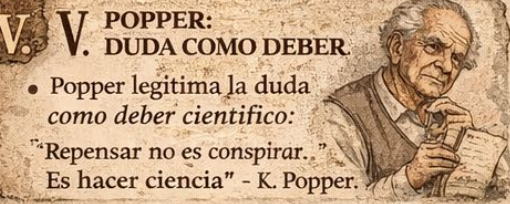
IV. SI CAMBIA EL MAPA, CAMBIA EL RESULTADO

- El argumento vertebral del texto: un mapa fijo y las tablas cambian.



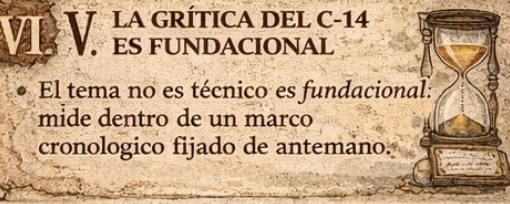
V. POPPER: DUDA COMO DEBER.

- Popper legitima la duda como *deber científico*:
"Repensar no es conspirar." Es hacer ciencia" - K. Popper.



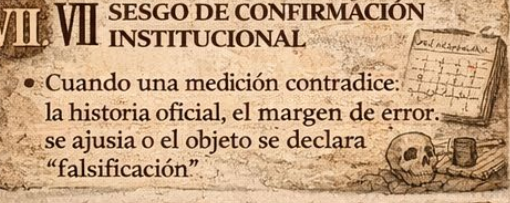
VI. LA GRÍTICA DEL C-14 ES FUNDACIONAL

- El tema no es técnico es *fundacional*: mide dentro de un marco cronológico fijado de antemano.



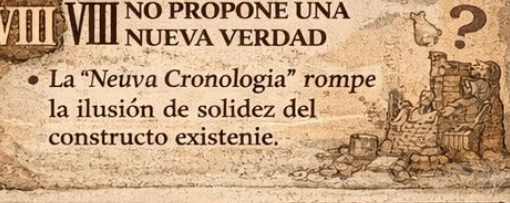
VII. SESGO DE CONFIRMACIÓN INSTITUCIONAL

- Cuando una medición contradice la historia oficial, el margen de error se ajusia o el objeto se declara "falsificación"



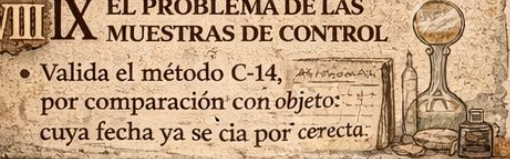
VIII. NO PROPONE UNA NUEVA VERDAD

- La "Nueva Cronología" rompe la ilusión de solidez del constructo existente.



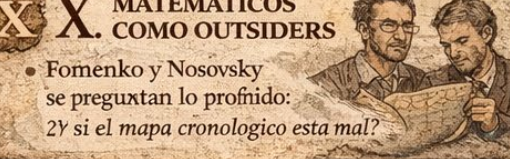
IX. EL PROBLEMA DE LAS MUESTRAS DE CONTROL

- Valida el método C-14, por comparación con objeto: cuya fecha ya se cía por correcta.



X. MATEMÁTICOS COMO OUTSIDERS

- Fomenko y Nosovsky se preguntan lo profundo: ¿y si el mapa cronológico esta mal?



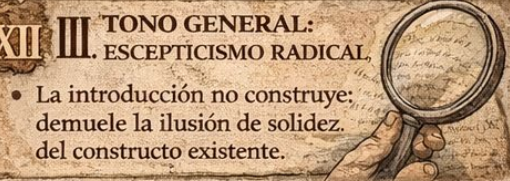
VI. II. QUMRÁN COMO ANTICIPO

- Si el marco cronológico cae, los textos *fundacionales* judeo cristianos sé redaten.



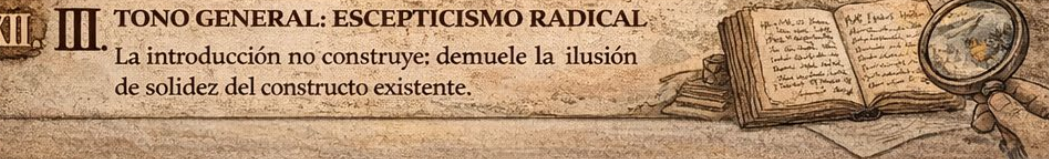
XII. III. TONO GENERAL: ESCEPTICISMO RADICAL.

- La introducción no construye; demuele la ilusión de solidez del constructo existente.



XII. III. TONO GENERAL: ESCEPTICISMO RADICAL.

- La introducción no construye; demuele la ilusión de solidez del constructo existente.





EL MÉTODO DEL CARBONO-14

Creador:
Willard F. Libby
(1908-1980)



C-14



Decadencia
Radioactiva
del C-14

C-14
Radiocarbono

El método Carbono-14
mide el tiempo que ha
transcurrido desde la
muerte de un organismo
vivo.



CO₂ CO₂ CO₂

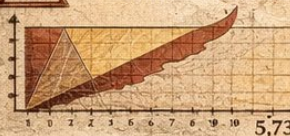
1980 d.C.

5,730 años

PROBLEMAS:

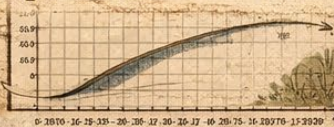


Margen de error elevado
en muestras antiguas



± Error
con el tiempo

Las curvas de calibración
dependen de un calendario
debatido



PROBLEMAS:



Margen de error elevado
en muestras antiguas



Las curvas de calibración
dependen de un calendario
debatido



Decisiones basadas en
consenso académico

¿Son fiables las bases?



El tema de estudio y el método

Este trabajo está dirigido tanto al ámbito académico como al público general. Reúne todos los elementos propios de una investigación: una problemática definida, un método, un marco conceptual, análisis empírico y documental, resultados y conclusiones. Sin embargo, no sigue el formato habitual de una tesis tradicional. Y esto se debe a dos razones. La primera es la naturaleza misma del tema de estudio. La segunda, la estrategia de exposición y el destinatario al que va dirigida: el sentido común... o, más precisamente, el sinsentido común.

El tema central es la irrealidad histórica. Y esta irrealidad afecta directamente a las distintas ideas de Dios que la humanidad ha construido y venerado. En una primera reflexión, podría pensarse que es posible comenzar el análisis desde cualquiera de los hilos históricos presentes en la conciencia colectiva. Y, en principio, eso sería viable.

Si el oyente es cristiano y europeo, se lo puede invitar a repensar las razones de la empresa colonial. Si es musulmán y egipcio, se lo puede llevar a cuestionar por qué la historia de Egipto se reescribe recién a partir del siglo diecinueve. Y si es budista u oriental, se puede apelar al pasado común mongol que lo vincula con persas, otomanos y rusos, y que incluso lo aproxima al cristianismo.

Pero este enfoque tiene un inconveniente importante. O, mejor dicho, muchos. En términos generales, son pocas las personas dispuestas a escuchar una tesis que afirma que la historia oficial debe rehacerse por completo, de arriba abajo, y que ese replanteo afecta también al pasado religioso. Por esta razón, atendiendo a la conciencia histórica que cada pueblo, nación, cultura o religión tiene de sí misma, sería necesario realizar un esfuerzo específico para cada caso, adaptando el discurso a cada contexto particular.

Las nociones de la historia no son universales ni homogéneas. Son fragmentadas, personales y únicas. Y, además, el verdadero problema no es solo que la historia oficial sea dilatada, confusa o compleja. El problema mayor es enfrentarse a las voces oficiales, a la documentación histórica institucionalizada, y a todas las reacciones negativas que emergen cuando se plantea la duda ante oyentes que aún no han abierto la puerta a una duda razonable inicial.

Ante esta evidencia, se vuelve claro que no existe una receta única aplicable a todos los casos. Existe una historia oficial sólida, extensa y bien documentada, que no permite razonar fácilmente lo contrario. Por eso, la primera pregunta es inevitable: ¿por dónde empezar? Y la respuesta no es sencilla.

En lugar de centrarse únicamente en el contenido, este trabajo opta por trabajar el modo de exponerlo. Tras delimitar el enfoque del tema de estudio y su problemática, se profundiza en cómo comunicarlo. Para ello, se adopta una metodología alternativa a la convencional, en la que el sujeto al que va dirigido el trabajo no es solo la razón del lector, sino también su inconsciencia. Se lo invita a participar en un proceso de superación de barreras lógicas.

Este enfoque parte de la necesidad de cuestionar el modelo paradigmático de la historia oficial y su mapa cronológico consensuado, que es el responsable de cómo se construyen la



simbología, la memoria y la identidad humanas, todo ello en nombre de un gran capital idealizado.

En este sentido, la capacidad de asimilación de los contenidos se considera un elemento central que debe ordenar la exposición. Por eso, se plantea como punto de partida la necesidad de razonar la duda. La duda es el inicio de toda transformación. Es el mecanismo que permite despojar de poder y autonomía al gran capital de la conciencia histórica.

Bajo esta orientación, el proceso narrativo se estructura como una discusión progresiva. El contenido se presenta de forma gradual, con la intención de acompañar al lector o lectora en su proceso de asimilación.

En cuanto al diseño metodológico, el trabajo se articula del siguiente modo. El objeto de estudio es la recreación simbólica y temporal que aparece en las historias de España, de Europa Occidental y del resto del mundo, vistas desde una óptica cristiana. El supuesto razonable, apoyado en los trabajos de Fomenko y Nosovski, es que detrás de la historia oficial existe una manipulación diseñada y coordinada, que implica una falsificación documental deliberada a gran escala y, desde el siglo diecinueve, la colaboración inconsciente de la academia universitaria, que participa de esta recreación en nombre de la ciencia y de la autoridad de la narrativa oficial, que no se cuestiona.

El objetivo principal de la obra es esclarecer las razones de esta duda razonable, hasta donde sea posible, con el fin de mejorar la calidad del conocimiento histórico. La finalidad última es comprender mejor la realidad para poder conducir el presente con toda la información disponible, libre de manipulaciones.

El método elegido es el desarrollo de la duda lógica o razonable mediante la combinación de hipótesis sucesivas que, al ser contrastadas, van ajustando progresivamente el margen de duda, hasta desembocar en una tesis argumentada, razonada y contrastada. Se trata de un trabajo a medio camino entre el método empírico tradicional, basado en el análisis objetivo y la obtención de datos, y el replanteo de cuestiones más amplias que exceden el marco del estudio puntual.

La técnica principal, en la fase de construcción de hipótesis, es la constatación mediante pruebas y evidencias, complementada con un racionalismo crítico argumentado. En la fase de reconstrucción histórica, se utiliza la misma técnica, pero se elimina el carácter hipotético y se incorporan los fundamentos teóricos que permiten sostener la duda lógica como una guía para avanzar más allá de este trabajo.

Se trata, en definitiva, de una metodología mixta que integra el método científico con el discurso lógico propio de la filosofía. Una metodología que combina el carácter probabilístico de la ciencia con la elaboración de argumentos a partir de los cuales se debaten las cosmovisiones del mundo, sus orígenes, su esencia y sus leyes. Como señalaba Jorge Wagensberg, el desarrollo de ideas sobre la complejidad del mundo es un proceso inevitable y, al mismo tiempo, necesario para el avance cualitativo de la civilización.

Por último, en lo que respecta al criterio de citación de fechas, el método requiere una forma de evitar la confusión entre fechas oficiales y fechas alternativas. Dado que resulta problemático referirse a acontecimientos usando un calendario incorrecto, se adopta el siguiente criterio. Las fechas oficiales se indican explícitamente como tales, hasta el siglo dieciocho, a partir del cual suelen ser correctas. Las fechas reubicadas correctamente se

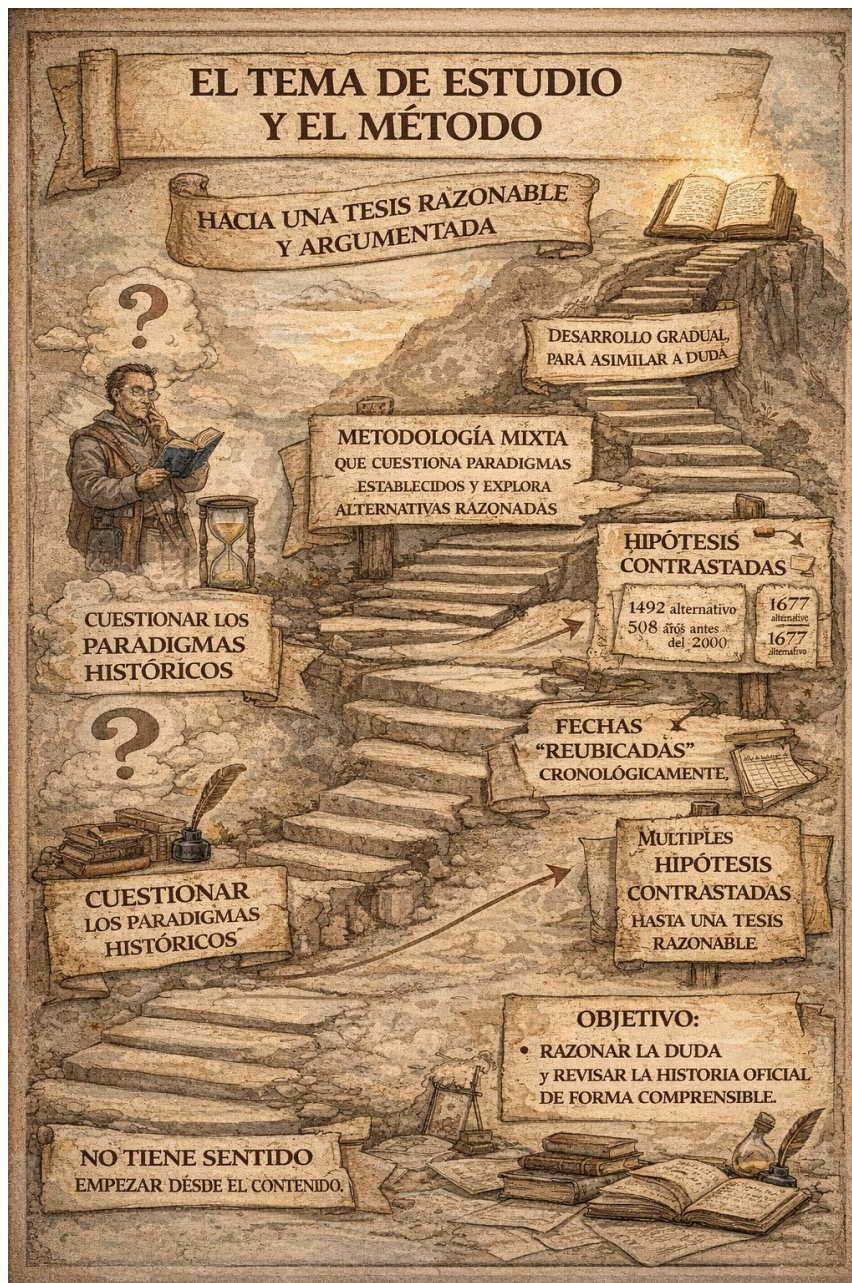


señalan como alternativas, tomando siempre como referencia el calendario actual. Y, salvo en casos necesarios, se evita introducir un calendario nuevo.

De este modo, se distinguen claramente las fechas oficiales de las consideradas alternativas. Por ejemplo, cuando se menciona el año mil cuatrocientos noventa y dos alternativo, se indica que ese acontecimiento ocurrió quinientos ocho años antes del año dos mil oficial. En cambio, cuando se habla de mil cuatrocientos noventa y dos oficial, se hace referencia al imaginario histórico tradicional, aunque esa fecha no se corresponda necesariamente con ese mismo intervalo temporal. En algunos casos, ambas denominaciones se utilizan juntas para precisar la reubicación cronológica.

La estructura general del libro es simple. Tras esta introducción, se desarrollan cuatro partes principales y un epílogo. En primer lugar, se presenta un trabajo paralelo que introduce la lógica de la falsificación histórica sin mencionar aún la vía cronológica. En segundo lugar, se ofrece una aproximación a la conciencia histórica y a sus mutaciones. En tercer lugar, se exponen de forma resumida las dos tesis cronológicas que se abordan: la Nueva Cronología y la Cronología X-185. En cuarto lugar, se desarrolla la reconstrucción histórica propuesta. Y, finalmente, en el epílogo, se sintetiza el mensaje central de la obra.





La manipulación. La aportación del INH a la reconstrucción histórica

¿Por qué el Institut Nova Historia? ¿Y por qué Catalunya?

Porque el Institut es, hoy, una de las entidades colectivas más grandes e importantes dedicadas a cuestionar la historia oficial. Y lo hace, sobre todo, alrededor de un episodio central de lo que la Nueva Cronología de Fomenko y Nosovskiy identifica como gran manipulación del pasado reciente: la adulteración del descubrimiento de América.

Y porque Catalunya es una de las identidades históricas más maltratadas por el relato oficial construido desde la colonización castellana y su lógica inquisitorial. Además, es un punto de apoyo clave para abrir múltiples capas históricas: el judaísmo y la Orden del Templo de Salomón, la Edad Media de las ciudades mediterráneas, las razones del exterminio cártaro, el



auge benedictino y su deuda no reconocida con Oriente, y la autoridad medieval de Constantinopla. Todo eso, según este enfoque, puede reorganizarse de un modo distinto.

Pero, sobre todo, Catalunya permitiría reconstruir capítulos esenciales: las razones, los protagonistas, la época y el sentido último del descubrimiento de América, de la colonización cristiana, y de la lógica de la que aquí se presenta como la mayor fantasía jamás elaborada por el ser humano: la historia oficial, junto con sus textos sagrados.

No es la única vía, ni necesariamente la mejor, para introducir esta obra. Pero es una entrada posible. Una puerta principal que, al cruzarla, ubica al lector de forma inequívoca dentro de la vía cronológica desde la cual se propone comprender al mundo y al ser humano de otro modo.

El Institut Nova Historia, o INH, es una fundación cultural catalana creada en 2008. Sostiene que desde España se ha manipulado la historia de los catalanes, y del conjunto de la historia hispana, a favor de la castellanidad. Lo hace desde el voluntariado colaborador y con un grupo de investigadores que, al no recibir apoyo universitario, ha desarrollado su propia escuela, más allá de simpatizantes individuales.

Jordi Bilbeny es presentado como el alma del proyecto, después de haber sido excluido de su proyección académica por intentar impulsar una tesis doctoral sobre la censura inquisitorial castellana. Pero no está solo. A su alrededor se ha reunido una gran cantidad de amantes de la historia, en una dinámica similar a la de muchas asociaciones y corrientes culturales catalanas que producen conocimiento, cultura y red social.

Y lo han hecho desde una postura que se define por la firmeza intelectual y la determinación de defender el derecho a investigar, y también el derecho a contradecir a la historiografía si se detectan errores o señales de manipulación, respetando discrepancias y aportaciones diversas.

Detrás de los postulados del INH se mencionan múltiples evidencias. Pero la más significativa, según este planteamiento, es la ilógica castellanidad de la empresa colonial española.

El primer eje público de esta investigación fue la posible catalanidad de Cristóbal Colón, vinculándolo con la familia Colom de Barcelona. Ese camino sigue antecedentes como Ricard Carreras i Valls y el peruano Luis Ulloa. Así, lo que empezó como una búsqueda de identidad — la catalanidad de Colón — obtuvo cierta atención mediática, en línea con otras hipótesis que lo sitúan en Galicia, Mallorca o Portugal.

Al inicio, siempre habría existido un margen para la especulación razonable: la posibilidad de que el descubridor ocultara su identidad o que se hubiera perdido documentación que aún pudiera recuperarse.

Pero el caso catalán se presenta como especial. Lo es porque, junto a la controversia histórica en torno al reconocimiento de la autoridad catalana, el relato menciona que desde el siglo dieciséis oficial la convivencia entre Castilla y Catalunya habría sido desigual, alimentando catalanofobia. Esto habría impulsado una ampliación del marco de investigación, hasta dibujar la lógica de una falsificación total, de dimensiones difíciles de asumir para la conciencia colectiva, especialmente entre historiadores académicos, que serían quienes más incómodos se sentirían ante la posibilidad.

Se plantea entonces una anomalía. No tendría sentido que dos grandes coronas hermanadas por una misma casa real, la castellano-leonesa y la aragonesa —según la historia oficial— optaran por castellanizarse y hacer la colonización desde una extrema castellanidad, andaluza y



extremeña, desde finales del siglo quince oficial, sin una razón política o militar que lo justifique.

Esa castellanización intensa tendría lógica, dice el texto, si se impusiera dos siglos después, en el siglo dieciocho, cuando Castilla invade los reinos catalanes e impone una castellanización forzada. Pero no antes.

Esta anomalía contrasta, además, con la autoridad catalana previa al descubrimiento de América: el dominio del comercio y de la armada marítima mediterránea, la presencia de papas valencianos como los Borja, una nobleza militarizada, una banca poderosa, estamentos comerciales posicionados en el gobierno, y una fuerte presencia judía. Y, en el trasfondo, una red de consulados catalanes documentados alrededor del mundo.

El texto añade que catalanes, genoveses y venecianos participaron en empresas militares y políticas vinculadas al Imperio Griego, Bizancio, al servicio de intereses papales y cristianos, a lo largo de la Edad Media, hasta el inicio del siglo dieciséis oficial.

Luego se presenta una secuencia ilustrativa de hechos y personajes, basados en el marco cronológico oficial, con la advertencia de que más adelante esos elementos serían reordenados. Se mencionan, entre otros: Pedro, conde de Barcelona y rey de Aragón; la cruzada contra los cátaros; la defensa de San Juan de Acre; las disputas de Barcelona con Nahmánides; la obra de Ramon Llull; alianzas catalanas con poderes bizantinos; figuras como Roger de Flor; el papado de Aviñón; la caída de Constantinopla y personajes asociados a su defensa; la presencia de los Borja en el papado; el hecho de que las capitulaciones vinculadas a Colón y el anuncio del descubrimiento se sitúen en Barcelona; el reparto papal del mundo; el financiamiento del segundo viaje; y otras conexiones posteriores.

La conclusión que se empuja es clara: dada esa relevancia catalana, no tendría sentido que Catalunya quedara al margen del proyecto colonial, al menos tal como quedó escrito.

Y aún más: también resultaría ilógico que otros dominios hispanos ligados a Génova y media Italia, y territorios como Nápoles, Sicilia o Cerdeña, además de influencias borgoñonas y de los Países Bajos, no dejaran un rastro colonial coherente en el siglo dieciséis oficial, siendo poderes de un mismo monarca. Según este razonamiento, ningún monarca renunciaría voluntariamente a la mayor parte de sus recursos para colonizar el mundo entregándolos a un reino menor sin tradición naval, como Castilla.

Junto a estas contradicciones aparecen disputas históricas heredadas y mal resueltas, como la insistencia en negar la independencia catalana y la falta de una explicación satisfactoria sobre la denominación de Principado de Catalunya, que el texto sugiere como indicio de un origen privilegiado.

En este marco, se afirma que la investigación documental habría permitido a la catalanidad recuperar conciencia de su identidad histórica, mientras la españolidad habría respondido de forma hostil. Pero aun así, se habría abierto espacio para el estudio alternativo.

Se mencionan diversos investigadores vinculados al INH y se enumeran hallazgos y líneas de investigación: más indicios sobre la catalanidad, incluso judaica, en las expediciones de Colón; mapas del siglo dieciséis sin emblemas castellanos en América y con presencia catalana; libros que llaman Reino de Tarragona al Reino de Aragón; señales de duplicidades dinásticas; muestras de censura; indicios de catalanidad en autores del Siglo de Oro; y posibles casos de suplantación o castellanización de identidades.



A partir de allí, el texto describe múltiples proyectos del INH: el Descubrimiento Catalán de América, el Proyecto Colom, el Proyecto Servent, el de Letras Catalanas, el Proyecto Leonardo, y otros complementarios ligados a censura, manipulación, corona catalano-aragonesa, imperio universal catalán, memoria histórica, mitología, lengua.

El resultado, se dice, habría sido un fuerte dinamismo: miles de artículos, cientos de conferencias, documentales, simposios, universidades de verano, docenas de libros y una controversia creciente.

Y con el tiempo, la investigación habría cambiado de tono: de la curiosidad a la denuncia, y de allí a la estupefacción. Porque la hipótesis se amplía: de un Colón catalán a la posible catalanidad de figuras centrales de la historia hispana y europea, incluyendo conquistadores y nombres asociados a la literatura y al pensamiento. Y eso, se sostiene, resulta ofensivo para la erudición académica porque implicaría un escenario que no se contempla.

La conclusión es que, para el INH, lo de Colón no sería una rareza aislada, sino una ventana hacia una manipulación mayor. Y el texto remarca que este tipo de planteos, al apuntar a catalanidad, provocan rechazo inmediato, tanto entre quienes lo repudian como entre quienes lo defienden.

La situación se presenta como excepcional: el tema se vuelve debate público, requiere maduración, y choca con una tensión política estatal que no lo tolera ni le interesa. Sin embargo, se afirma que falta una refutación razonable que lo detenga sin caer en el descrédito impulsivo y estéril.



La aportación provisional de una cronología alternativa a la investigación histórica del INH

El Institut Nova Història conoce la cronología alternativa. Pero abrir esa puerta no es sencillo. Y, sin embargo, es el espacio que lo explica casi todo. Mucho más de lo que el propio Institut se ha propuesto, en principio, resolver.

Avanzar en la investigación del INH conduce inevitablemente a un cambio de escala en la comprensión de la manipulación histórica. Y ese cambio permite explicar algo fundamental, que conecta con los hallazgos de la fundación desde otro ángulo.

No se trataría simplemente de que desde Castilla se hubiera querido negar la aportación catalana por celo, avaricia o afán de protagonismo. Según esta reconstrucción, la gran operación ocurre después del año 1714. Es entonces cuando se fabrica un pasado falso. La destrucción sistemática de la catalanidad comenzaría en ese momento, no antes. Y al hacerlo, se castellaniza todo: incluso buena parte de la historia reciente.

Este proceso se habría llevado a cabo de forma coordinada con los poderes imperiales europeos que sellaron el nuevo orden tras el Tratado de Viena de 1725. Muchas de las obras castellanizadas que ha identificado el INH serían, en realidad, textos de autores catalanes que pasaron a servir a la nueva monarquía borbónica. Las identidades se castellanizaron porque no había alternativa: para servir al monarca intruso y para participar en la falsificación del proyecto colonial europeo.

Antes de este punto de inflexión, la empresa colonial habría sido italiano-catalana y portuguesa, también castellano-leonesa, judía y templaria, y competía con una contra-empresa francesa. Después de los decretos de Nueva Planta, la colonización española pasa a ser exclusivamente castellana y aparecen nuevos actores de forma pactada.

En paralelo, poderes intrusos habrían tomado previamente el control de Europa Occidental y de sus ejércitos. Como resultado, se recompusieron los reinos hispanos. Entre ellos se habría creado el Reino de Tarragona, que más tarde mutaría bajo la denominación de Reino de Aragón. Es en ese proceso donde comienza la gran recreación histórica que el INH intuye, como quien ve un fragmento de hielo flotando sin advertir que forma parte de un iceberg gigantesco.

Esta gran manipulación, justificada en nombre de la creación de un pasado mejorado para el nuevo orden geopolítico europeo, incluye distorsiones profundas y la reescritura del pasado reciente mediante un salto aproximado de ciento ochenta y cinco años, que se ejecuta a lo largo de los siglos dieciocho y diecinueve.

Desde esta perspectiva, los pleitos de los Colón y de los Cortés, situados oficialmente en la década de 1530, habrían tenido lugar en realidad en la década de 1720. En esos litigios pierden los derechos de conquista porque servían a otro monarca, vinculado a la órbita catalana, y tras perder una guerra, sus derechos cambiaron de manos.

En este marco, Colón podría haber sido un Colom de Barcelona, y Cortés el Conde de Ribagorza y de Cortés. Del mismo modo, el llamado Gran Capitán habría sido catalán antes de adoptar una identidad castellana. Según esta reconstrucción, la familia Cardona habría mutado bajo la identidad de los González de Córdoba, algo que se reflejaría incluso en su escudo. Lo mismo habría ocurrido con buena parte de la nobleza catalana vencida.

Quienes no aceptaron esa mutación se exiliaron, en gran medida hacia Norteamérica, donde adoptaron nuevas identidades aliadas con otros poderes, no necesariamente catalanes.



Sin embargo, el texto advierte que las cosas no son tan simples como esta introducción podría sugerir. El caso de Colón requiere un análisis más profundo. Lo mismo ocurre con el Conde de Ribagorza y de Cortés. En ambos casos se observa una mutación de identidades de alcance imperial, como lo demuestran sus propias hazañas. Estas cuestiones se retoman más adelante.

Como contraste documental, esta anomalía explicaría por qué el libro *El Becerro General*, atribuido oficialmente a Diego Hernández de Mendoza en el siglo quince, documenta el origen de los apellidos castellanos sin dejar rastro alguno de catalanidad. Y del mismo modo explicaría por qué en los *Dietaris* de la Generalitat de Catalunya, que registran la actividad del gobierno catalán entre los siglos quince y dieciocho oficiales, no aparece ninguna referencia a empresas coloniales de interés para los catalanes.

Más aún, los catalanes no proponen al rey la creación de una compañía comercial para explotar los recursos de América hasta el siglo dieciocho. Desde esta lectura, la manipulación de la historia, escrita desde el celo castellano, se habría hecho mal, muy mal. Y lo más grave es que casi nadie lo cuestiona.

En este contexto, se vuelve coherente que figuras como Santa Teresa o Cervantes presenten rastros de catalanidad no reconocida. Según esta reconstrucción, Santa Teresa pertenecería en realidad al siglo dieciocho y no al dieciséis, y su figura habría sido utilizada para cristianizar España con la participación de la nobleza catalana.

El Quijote, por su parte, sería una obra que denuncia esta manipulación histórica, escrita en la segunda mitad del siglo dieciocho, ya en plena decadencia inquisitorial, por personalidades catalanas y templarias, probablemente de origen judío.

De forma paralela, Leonardo da Vinci, al servicio de la Corona de Nápoles cuando aún era catalana, habría denunciado esta tergiversación a través de su obra. Y Erasmo de Rotterdam habría sido el artífice de un Nuevo Testamento reformulado, vinculado a una Roma napolitana y catalana. En esta visión, la etapa de una Italia plenamente españolizada nunca habría existido.

En síntesis, el INH apunta alto. Pero todavía no dispone de la fuerza explicativa completa que le otorgaría una cronología alternativa plenamente asumida. Y eso se comprende, porque las condiciones para abordar esa revisión total aún no están dadas.



La aportación provisional de una cronología alternativa a la investigación histórica del INH

DESCUBRIMIENTO de
AMERICA
ADULTERADO

TRATADO DE VIENA
DE 1725

INSTITUT NOVA
HISTÓRIA

SALTO CRONOLÓGICO

185 AÑOS

1714

HISTORIA OFICIAL

HISTORIA REAL

1720 alternativo

DECRETOS DE NUEVA PLANTA
(1716)

MIGUEL DE CERVANTES
(1093) (187) (1071)

SANTA TERESA DE JESÚS
(1921) (1875-1983)

1492 alternativo

1677

1492 alternativo • 509 años alternativos

SEGUN UNA CRONOLOGÍA ALTERNATIVA...

Cristianismo, Templarios
y Humanismo Catalán



Jordi Bilbeny



LA APORTACIÓN PROVISIONAL DE UNA CRONOLOGÍA ALTERNATIVA A LA INVESTIGACIÓN HISTÓRICA DEL INH

DESCUBRIMIENTO de
AMERICA
ADULTERADO



AREA CATALANA,
CLAVE HISTORICA
OLVIDADA



1492

1583

1714

2000

1492 alternativo
- 185 años

COLOM = COLÓN
Cortés = Conde Ribagorza Cortés
CARDONA = GONZALEZ de CORDOVA

EL QUIJOTE, CERVANTES,
TERESA,  

Dietaris Generalitat
de
Catalunya

UNA GRAN RECREACIÓN
HISTÓRICA VISTA
COMO EL FRAGMENTO
DE UN ICEBERG



Cómo y cuándo entender el “Siglo de Oro” español

Cuando se habla del “Siglo de Oro” español —aproximadamente entre los años oficiales 1530 y 1645— suele presentarse como el gran emblema de una España castellana triunfante: expansión cultural, política y militar por medio mundo.

Pero esta etiqueta, tal como se usa hoy, empieza a tomar forma sobre todo desde el siglo dieciocho. El Marqués de Valdeflores, Luis José Zacarías Velázquez, es quien impulsa la denominación y la glorificación de ese esplendor. Y el contexto en que aparece no es inocente.

La expresión “Siglo de Oro” nace después de un conjunto de hechos institucionales muy concretos: el decreto de Nueva Planta de 1716; la fundación de la Real Academia de la Lengua, alrededor de 1714; y la creación de la Biblioteca Nacional de España en 1712, formada con fondos procedentes de bibliotecas expoliadas de lo que se denomina la Corona de Aragón. Esto es parte del registro oficial.

Y aquí el texto lanza una idea provocadora: incluso el nombre “Corona de Aragón” sería problemático, porque —según esta lectura— el Reino de Aragón no habría tenido la autoridad que la historiografía española oficial le atribuye. Se menciona, por ejemplo, que no aparecería como reino en mapas medievales conservados, cuando debería hacerlo si su importancia histórica fuera la que se proclama.

Luego viene otro detalle revelador: en 1738 se funda la Real Academia de la Historia de España. Y ese mismo año, no casualmente, el Archivo Real de Barcelona es rebautizado como Archivo General de la Corona de Aragón.

Y después, en 1754, el Marqués de Valdeflores acuña el apodo “Siglo de Oro” y empieza su glorificación castellana.

Jonathan Edmondson señala que el proyecto historiográfico del Marqués fue primordial. En 1747 concibió la idea de reunir documentos de los antiguos monumentos de la península para construir una gran obra: “Nuestra historia general de España desde el tiempo más remoto hasta el año 1516”. Una obra planificada, pero jamás acabada.

Ahora bien: aquí aparece una rareza.

Si el Marqués quería escribir una historia general de España, ¿por qué detenerse en 1516? Es decir, en la muerte de Fernando el Católico, tras la unión de las coronas de Castilla y Aragón bajo un mismo monarca, tal como afirma la historiografía oficial.

Está en su derecho, por supuesto. Pero resulta extraño que no incorporara la gran empresa colonial de los siglos dieciséis y diecisiete, justamente lo que luego se exaltará como “Siglo de Oro”. Más extraño todavía: que se propusiera escribir una historia general cuando, oficialmente, esa historia ya estaba más que escrita.

Porque para el siglo dieciocho la producción historiográfica es inmensa y está perfectamente documentada. Y, si nos quedamos solo en el siglo dieciséis oficial, el número de historiadores es enorme, en su inmensa mayoría en castellano y, en segundo término, en latín.

Y acá el texto aprieta una contradicción: no tiene sentido que haya una producción tan descomunal en castellano y que no exista un contrapeso razonable en catalán. Del mismo modo, tampoco encajaría que la colonización española se hiciera en nombre de Castilla,



después de la autoridad naval catalana, ligada al comercio y a empresas militares conectadas con fuerzas papales y órdenes religiosas como la sanjuanista y la templaria.

Es una contradicción enorme, dice el texto, que casi nadie investiga.

Pero todavía habría otra contradicción más inquietante: resulta sospechoso que tantos escritores e historiadores hispanos tuvieran acceso a archivos y bibliotecas vinculadas a la familia real, sin que eso incomodara ni a la Iglesia ni a los monarcas, considerando lo que podría encontrarse allí. Y sin embargo, tampoco se investiga.

Y aquí aparece la hipótesis más explosiva: ¿y si esa gran obra historiográfica no es anterior a las instituciones del siglo dieciocho, sino posterior? ¿Y si se produjo después de Nueva Planta y luego se “envió al pasado”?

En cualquier caso, lo que sí parecería claro es la voluntad de escribir la historia de España “a la castellana” desde el siglo dieciocho.

Volvamos entonces al hilo del “Siglo de Oro”. Según Edmondson, en septiembre de 1750 el rey Fernando VI aprueba la creación de una comisión científica para recopilar documentos del legado histórico de la nación, y autoriza a la Real Academia de la Historia a dirigir el proyecto. Y el 2 de noviembre de 1752 nombra al Marqués de Valdeflores para recorrer provincias y reconocer las antigüedades de España.

Es decir: mientras el Marqués trabaja al servicio de la corona borbónica en la construcción de la historia, decide bautizar como “Siglo de Oro” a la supuesta gloria de los siglos dieciséis y diecisiete. Y se presenta una obra literaria, al parecer castellana, como reliquia de ese pasado.

Pero el texto insiste: no ocurrió así.

A mediados del siglo dieciocho, España borbónica —y Europa— toman conciencia de la importancia de escribir la historia, incluso si esa historia ya “existía”. Y lo hacen mientras despliegan una campaña castellanizadora, reubicando la catalanidad en la condición de nación vencida, junto con el resto de estados de una corona hermanada, bajo una familia de monarcas que, paradójicamente, en el caso del Principado, ostentaban el título de conde de Barcelona.

Es entonces cuando la España castellanizada da valor a su propia Ilustración en clave castellana y reordena el peso cultural de la Iglesia cristiana.

Y aquí entra la clave del libro: según la Cronología X-185, el “Siglo de Oro” convendría entenderlo ciento ochenta y cinco años más tarde. Sería un proceso que se desarrolla, aproximadamente, entre 1715 y 1830, cuando cae la Santa Inquisición.

En este marco, se reconstruyen dos grandes figuras para el pasado castellano: Miguel de Cervantes, como figura masculina, y Santa Teresa de Jesús, como figura femenina. Oficialmente no tendrían nada de catalanas, y sus órbitas se ubican en Toledo y Alcalá de Henares. Pero el texto sugiere que ambas serían producto de una época excepcional... porque estarían al servicio de esa gran reescritura.

Y el Quijote, dice el autor, lo dejó insinuado de múltiples maneras.

Se destacan especialmente los capítulos 23 y 24 de la segunda parte, fechados oficialmente en 1615, pero que aquí se interpretan como un posible “1800 alternativo”. Don Quijote entra en una cueva y descubre un tipo de encantamiento: el tiempo allí es más breve de lo que parece.



Y aparece una idea perturbadora: los libros de historia serían obras hechas a medida; se barajan cartas, es decir, se mezclan hechos; y la historia antigua estaría inventada.

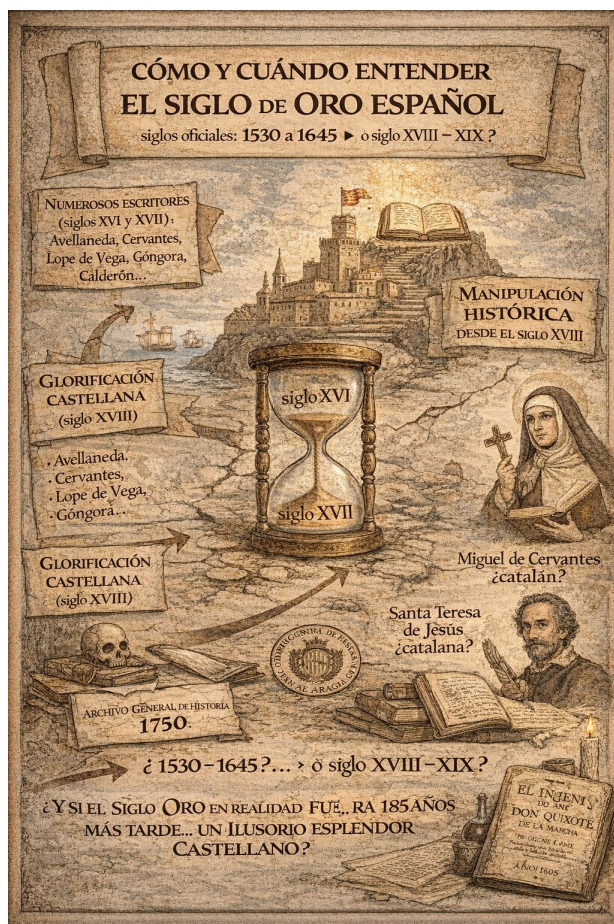
En esa línea, cobra relevancia un pasaje de la primera parte, atribuida al 1605 oficial, donde se critica la mezcla absurda de tiempos y personajes históricos en las comedias, y se denuncia una manipulación que confunde, exagera y fabrica.

El texto del Quijote denuncia la falsificación grosera del pasado. Habla también de un falso martirologio, inflado mediante milagros copiados e inventados. Y, en general, apunta a una manipulación mayor.

Por eso, concluye el autor, la pluma detrás del nombre “Miguel de Cervantes” no podría ser la de cualquiera ni la de un simple escritor. Debíó ser alguien que no quiso morir sin dejar testimonio de lo que vivió y vio desde una posición privilegiada.

Y entonces deja abierta una posibilidad todavía más provocadora: quizá, incluso, pudo haber sido una mujer protegida desde un convento en Amberes, con complicidades dentro de una institución religiosa rebelde, consciente de lo que la Iglesia hizo en nombre de Dios.

Pero esa... dice el texto... es otra historia.



Dos maneras de entender la manipulación cronológica

Entonces... ¿qué ocurrió realmente, según esta alternativa?

Todo gira alrededor de cómo se construye la historia. Y para entender el alcance de este hilo — el hilo de Ariadna del relato oficial— primero hay que entender el proceso.

La historiografía no ha documentado bien los orígenes. Y, según este enfoque, los ha adulterado de múltiples maneras. A medida que fue construyendo relatos distintos, terminó mezclando verdades parciales con fantasía, y con una enorme carga literaria: clásica y sagrada. Y todo eso se ubicó dentro de un tiempo extremadamente dilatado.

El resultado sería un pasado adulterado —auténticos disparates— que se convirtió en “verdad aparente”. Al principio, esta idea de una historia muy larga puede parecer plausible. Pero cuando la historia intenta convertirse en un campo científico, empieza a entrar en crisis. Igual que entran en crisis los textos sagrados cuando se los somete a análisis.

Y aquí aparece una consecuencia fuerte: se habría consensuado una conciencia errónea sobre el origen de los poderes, sobre el capital histórico y sobre su naturaleza. Una conciencia que no permite a la humanidad ser tan honesta como podría ser.

Mientras esto ocurre, la academia, en nombre de la ciencia, se aferra al mapa cronológico oficial y lo refuerza mediante métodos sofisticados de datación. Métodos que serían correctos... salvo por una variable que no contemplan: la duda cronológica.

Así, el sistema ajusta todo a una realidad incorrecta, de forma sistemática. Y en esa práctica se incluye también el radiocarbono, el Carbono-14.

Según este planteo, la historia real no sería tan mítica ni tan milenaria como se afirma. Sería más breve. Más cruel. Y, a la vez, más apasionante. Y habría razones para que sea así.

Para entenderlo mejor, conviene saber esto: la cronología oficial se institucionaliza, sobre todo, a lo largo de la era moderna. Mucha gente cree que los calendarios son una obra extraordinaria de miles de años. Pero, según esta lectura, no es hasta la Edad Media que empezamos a disponer de información original realmente documentada. Y no es casual que los grandes archivos, en general, comiencen en los siglos trece o catorce. Antes de eso quedan rarezas documentales, fragmentos, anomalías.

Y, en el caso del calendario cristiano, no es hasta su etapa final que se normaliza su uso. En el camino, se habría construido una historia extremadamente dilatada... que se fue rellenando mecánicamente.

Al mismo tiempo, el mapa cronológico alternativo —que aquí se postula como más certero— todavía está en reconstrucción. En esta investigación se toma como “correcto”, al menos como base, que los grandes templos egipcios se construyen hasta el siglo dieciséis alternativo, y que la Edad Media aparece entonces, o tal vez un siglo antes, extendiéndose hasta el siglo diecisiete.

Por eso, el foco real de análisis se concentra en los hechos comprendidos entre los siglos quince y diecisiete.

Ahora bien: hay dos maneras principales de entender cómo se habría manipulado temporalmente la historia. Dos relatos similares, pero no idénticos, sobre los hechos ocurridos entre esos siglos.



La primera vía es la Nueva Cronología de Anatoly Fomenko y Gleb Nosovskiy.

La segunda es una investigación complementaria, llamada Cronología X-185 —o simplemente, línea X-185.

Ambas líneas ubican el “descubrimiento” y la colonización de América —en clave hispana— hacia la segunda mitad del siglo diecisiete. Ambas también afirman que los libros atribuidos a los siglos quince y dieciséis en realidad se escribieron en los siglos diecisiete y dieciocho.

Pero aquí aparece la diferencia crucial.

La primera línea dice que la historia de los siglos dieciséis y diecisiete está manipulada.

La segunda línea sostiene algo más extremo: que esa historia es, literalmente, una invención.

Dicho sin vueltas: la segunda opción postula que, a lo largo de los siglos dieciocho y diecinueve, se rellenó el pasado con documentación falsa para fabricar los siglos dieciséis y diecisiete como si fueran una época real, mientras que la historia anterior sería parcialmente real, pero muy manipulada.

Ambas líneas tienen base documental y método, pero llegan a resultados distintos.

Según este planteamiento, la historia documentada —en esencia— empieza realmente en torno al siglo doce, y la Nueva Cronología, basada en astronomía y estadística, sería concluyente en sus grandes trazos.

La Nueva Cronología afirma que la historia contiene dos grandes trampas cronológicas.

Primera trampa: la historia antigua “realmente documentada” tendría apenas nueve o diez siglos. Y dentro de ese esquema habría un añadido de más de mil años entre los hechos de Jesús y lo que sería la realidad histórica.

Segunda trampa: la historia moderna, y el Renacimiento, serían más recientes de lo que se cree. De modo que, a lo largo de los siglos diecisiete y dieciocho, se habrían creado los libros atribuidos a los siglos quince y dieciséis.

En esta línea, la colonización de América en clave española y portuguesa empezaría realmente en la segunda mitad del siglo diecisiete.

Sin embargo, esta primera vía mantiene como mínimamente útil el origen de ciertos hitos del relato oficial, como la Compañía de Jesús y la aparición del primer mapa cronológico completo, elaborado por Joseph Justus Scaliger en su obra *De emendatione temporum*.

La Nueva Cronología sostiene que, aunque esas fechas sean falsas, deben situarse alrededor del ecuador del siglo diecisiete. Es decir: la documentación oficial ubica a los jesuitas en 1540, y la obra principal de Scaliger en 1583, pero aquí se entiende que ambas pertenecerían, en realidad, a mediados del siglo diecisiete.

En cambio, la Cronología X-185 modifica esos supuestos.

La línea X-185 propone un desfase principal de ciento ochenta y cinco años aplicado a Europa Occidental. Bajo esta hipótesis, la obra de Scaliger no sería de 1583, sino de 1768. Y la fundación de la Compañía de Jesús no ocurriría en 1540, sino en 1725, como consecuencia directa del Tratado de Viena.

Según este modelo, la misión de esa orden sería legitimar la cristianización del mundo en nombre de un Jesús “perfeccionado”.



Pero la línea X-185 va más lejos. Identifica un segundo salto equivalente: otros ciento ochenta y cinco años enviados hacia el pasado. Así, el desfase total podría alcanzar hasta trescientos setenta años respecto del “tiempo real”.

Y ese segundo salto afectaría especialmente a la historia de la Orden del Templo de Salomón, al catarismo y al judaísmo.

Desde esta perspectiva, los templarios no se fundan alrededor de 1116 ni caen en 1307. Se fundarían, en términos alternativos, hacia 1486, y serían intervenidos por el rey de Francia hacia 1677.

Y, del mismo modo, el judaísmo y el catarismo del “siglo trece” habría que entenderlos en el diecisiete.

En esta lectura, todo lo referido a los judíos en ese período dependería de una manipulación arqueológica y documental minuciosa. Se habría creado un guirigay documental de tal magnitud que la manipulación ya no sería solo cambio de nombres o identidades forzadas, sino una reconstrucción temporal completa.

La línea X-185 menciona que, entre el siglo trece y el diecisiete, se fabrica una “idea judía” mediante saltos temporales intermedios. Se habla de un patrón principal de doscientos sesenta años, una variante “judaica” X-260, y de combinaciones de saltos menores —por ejemplo, setenta y cinco y ciento diez— que suman ciento ochenta y cinco. Todo ello como parte de una ingeniería temporal más compleja que se desarrolla más adelante.

Y aquí se plantea un ejemplo: disputas filosóficas sobre la fe judía, musulmana y cristiana atribuidas al siglo trece, y que luego reaparecen en 1413 en Tortosa, deberían entenderse como hechos inmediatos previos a la colonización. Es decir, apenas unas décadas antes del conflicto sucesorio español del siglo dieciocho oficial.

Según esta tesis, todo se relaciona con el judaísmo catalán y, en cierta forma, con el catarismo, cuyo final real habría ocurrido en la primera mitad del siglo diecisiete.

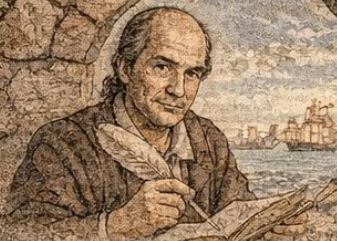
Y el texto remata con una idea clave: estas tesis no serían rarezas aisladas. No serían las únicas corrientes que han intentado pensar la cronología desde un lugar radicalmente distinto.



DOS MANERAS DE ENTENDER LA MANIPULACIÓN CRONOLÓGICA

¿Qué ocurrió realmente entre los siglos XV y XVII?

NUEVA CRONOLOGÍA



Anatoly Fomenko

- Más de mil años añadidos a la historia antigua real
- Los siglos XV y XVI se falsificaron en los siglos XVII-XVIII, que los "rellenaron de libros"

1492 alternativo ≈ 1652
507 años reales

CRONOLOGÍA X-185



Gleb Nosovskiy

- Casi toda la historia se rellena entre los siglos XVII-XVIII
- Los siglos XV y XVI son completamente INVENTADOS

1492 alternativo ≈ 1720
350 años reales

DOS TEORÍAS SIMILARES QUE AFIRMAN...

- Los siglos XV y XVI se falsificaron entre los siglos XVII-XVIII

No hubo una auténtica
"EDAD MODERNA" en los siglos XV-XVI

LO QUE LA HISTORIA OFICIAL CONSIDERA siglos XV y XVI
EN REALIDAD SON UNA GRAN
FABULACIÓN TEMPORAL

